

“Preparándonos para el reposo”

Hebreos 4:1-4

Introducción:

El reposo que queda (4.1–11) La paz mental puede ser nuestra cuando tengamos plena confianza en el «reposo» eterno que Dios tiene guardado para los fieles. Nuestro frenético y confuso mundo ciertamente entiende la necesidad de tal paz. Los cristianos tienen un día de reposo sin tener como mandamiento un día semanal de abstinencia laboral.

El día de reposo antiguotestamentario vaticinó el reposo provisto bajo el nuevo pacto, así como las provisiones antiguotestamentarias para los sacrificios simbolizaron la obra de Cristo. Un estudio sobre tipos y sombras podría comenzar con este punto. El tiempo vendrá cuando los fieles reposarán de sus obras «como Dios de las suyas» (4.10). Nuestro reposo no solamente equivaldrá al día del reposo judío, sino también al «reposo mismo de Dios».18 Sin embargo, la idea de pasar la eternidad inactivos, sin nada que hacer, no corresponde al punto de vista bíblico del cielo. Puede que estemos ocupados por la eternidad, sin embargo, no volveremos a estar agobiados. «El trabajo no es una maldición cuando se hace por amor, por el gozo de la obra realizada, por el orgullo de la habilidad manual y por el bien de los que se benefician de ello. No tener trabajo como tal constituye la verdadera maldición de la vida».

«Temamos» (4.1) En las Escrituras se encuentran enseñanzas paradójicas en cuanto al tema del temor. Jesús dijo que no debemos tener miedo (Juan 14.27), y Pablo amonestó a Timoteo diciendo que Dios «no nos ha dado [...] espíritu de cobardía» (2ª Timoteo 1.7). Aun así, se nos dice: «Temed a Dios» (1ª Pedro 2.17; citado de Eclesiastés 5.7) y que nos ocupemos de nuestra salvación «con temor y temblor» (Filipenses 2.12). A lo largo de los salmos, encontramos referencias al temor a Dios. Proverbios 9.10a dice: «El temor de Jehová es el principio de la sabiduría». Jesús dijo que temiéramos «a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mateo 10.28b). Los demonios creen y tiemblan (Santiago 2.19b).

Hemos de temer a Dios con un asombro y respeto profundos y reverentes. En Hebreos 4.1, se nos amonesta a temer el hecho de que no hayamos alcanzado el reposo que Dios ha prometido. Por lo tanto, todo temor no puede ser malo. La palabra griega para «temor» en la mayoría de los manuscritos neotestamentarios es *fobew* (*phobeo*), que proviene de *phobos* y que principalmente quiere decir «miedo», pero incluyendo asombro reverente. En efecto, el amor perfecto echará fuera el temor (1ª Juan 4.18), pero, ¿quién de nosotros tiene amor perfecto? Cualquiera que sea débil, inmaduro y que le falte perfección cristiana, todavía necesita tener algo de temor. Se necesita cierto elemento de temor para mantenernos en el camino estrecho y angosto (Mateo 7.14). A los que están por retroceder, el autor de Hebreos dijo: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!» (10.31). En 12.28, instó a los discípulos a tener «temor y reverencia» (φεισθησθε, *phobeisthe*), que significa temor o sobrecogimiento reverencial, sin embargo, también insinúa terror. No podemos seguir a Dios sin alguna clase de «fobia», palabra que se deriva de un término griego para «temor». Es un hecho que muchas personas no obedecerán a Dios, a menos que tengan un elemento de miedo de caer en Sus manos como pecadores no arrepentidos. Esperamos que el volverse a Dios por tal motivo produzca corazones humildes, una disposición a obedecer y eventualmente un amor que erradique la necesidad del temor en sus corazones.

«por no ir acompañada de fe...» (4.2) La fe tiene que ir acompañada de obediencia para que sea una fe segura o viva ante los ojos de Dios. Los israelitas habían visto las portentosas obras de Dios y Su

gloria para cuando salieron de Egipto y comenzaron su viaje a Canaán. Sin embargo, se detuvieron en sus límites debido al reporte «malintencionado» con respecto a los gigantes (Números 13; 14). Los gigantes eran sin duda más altos que los bajos israelitas, cuya dieta tiene que haber sido muy pobre como esclavos que fueron en Egipto. El tamaño de los enemigos abrumó los sentimientos de Israel y destruyó la fe del pueblo. Con Dios, el tamaño no importa, solo la fe.

La fe tiene que ser demostrada mediante obras de obediencia; de lo contrario, es una «fe muerta» (Santiago 2.17). No obstante, incluso la fe en sí es una obra; la obra que Dios ha mandado a los humanos a realizar (Juan 6.28, 29). Él no implanta la fe de forma milagrosa en nuestros corazones; sin embargo, ha provisto evidencia en Su Palabra de que si es escuchada y obedecida, produce fe (Romanos 10.17). Por lo tanto, las obras que se excluyen en la obtención de nuestra salvación, como se asevera en Efesios 2.8, 9 y Romanos 3.28, son «obras de la Ley», u obras mediante las cuales uno podría esforzarse por ganar nuestra salvación. En vista de que es imposible ganarse la salvación por falta de perfección en nuestras vidas, tenemos que apoyarnos en la fe como medio de salvación, esto es, recordando que la fe es la obra que Dios nos ha mandado a tener que realizar para obtener la salvación (Juan 6.29). Si el hombre no hace nada para obtener la salvación, ¿entonces por qué Pedro dijo: «Sed salvos...» (Hechos 2.40b)? ¿Por qué aconsejó Pablo a los cristianos diciéndoles: «ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Filipenses 2.12)? Ciertamente, cuando obedecemos a Dios, el Padre está obrando por medio de nosotros; pero no mediante alguna fuerza irresistible que anula nuestra iniciativa individual o la indisposición a obedecer.

Las personas del mundo se alimentan de basura materialista, sin reconocer a menudo la existencia y las necesidades de sus almas. Años atrás, los cuerpos de tres hombres fueron encontrados en las regiones despobladas de Australia. Murieron de hambre, sin embargo, sus estómagos estaban llenos. Habían comido de una planta que no tenía ningún valor nutritivo. Las pequeñeces que la humanidad atesora, esto es, el éxito material, los logros académicos y la riqueza, son inútiles a la hora de alimentar el alma. Cuando los que han escuchado el evangelio mueren en pecado, bien podrían haber nacido en una tierra atea donde las Biblias no son permitidas.

Los días de la creación (4.3, 4) Algunos adoptan el punto de vista que sostiene que cada día de la creación representa un período de mil años y que el mundo llegará a su fin después de siete mil años. Esta idea es parte del punto de vista Premilenial Dispensacionalista, que no tiene fundamento en las Escrituras. Se apoya supuestamente en 2ª Pedro 3.8, donde dice: «... para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día». Si Pedro estaba queriendo decir que un día es literalmente mil años para Dios, entonces, mil años tienen que ser literalmente un día, lo cual no puede ser lo que quiso decir. Pedro estaba indicando que Dios cumplirá Sus promesas en el tiempo indicado, aun si primero tienen que pasar mil años. Tenemos la tendencia a olvidar nuestras promesas después de un tiempo, sin embargo, no es así con Dios. La idea de la «teoría del día igual a mil años y viceversa» existía en el siglo segundo; fue presentada en la Carta de Bernabé (15.4 y sigs.) y ha sido promovida de forma intermitente desde entonces.²⁰ Dios no dejó de trabajar cuando terminó de crear el mundo; simplemente reposó de crear.